# HECHIZADO POR ERROR

## UNA BRUJA ENFURECIDA

Victoria Fortún

Derechos de autor © 2024 VICTORIA FORTÚN

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

# Contenido

Derechos de autor
HECHIZADO POR ERROR
1. EL HILO DE LETRAS
2. BRUJIGLOVO
3. UNA COPITA
4. EN LA VARIEDAD ESTÁ EL GUSTO
5. ¿QUIÉN ES ESE HOMBRE?
6. CASUALIDADES Y ALGODÓN DE AZÚCAR
7. EL EMPOTRADOR QUE TÚ NECESITAS
8. LA NONA
9. ESTE NO VUELVE
10. POR MIS AMIGAS HAGO HECHIZOS
11. EL HECHIZO
12. EXTRAÑOS
13. LA IDENTIDAD DE MENCHU
14. ADIÓS Y HOLA
MESES DESPUÉS…
15. ACCIÓN DE GRACIAS
EPÍLOGO
SOBRE LA HISTORIA
Agradecimientos

# HECHIZADO POR ERROR

VICTORIA FORTÚN

*ATENCIÓN LECTORES:*

*Lo que tenéis en vuestras manos es un relato de ficción.*
*Los personajes, las situaciones y sobre todo el hechizo que realiza Judith, nuestra bruja, han salido de la cabecita loca de la autora y si lo realizáis no creo que tenga ningún efecto. Dejad que el destino se ocupe de los cretinos con los que tropezaréis o acudid a una bruja profesional.*

# 1. EL HILO DE LETRAS

Judith conoció a sus amigas en una clase virtual de escritura creativa. Solo salvó a ellas dos de su criba energética.
El resto, o eran niñas sin experiencia vital que comentaban en el grupo las fechas de conciertos de algunos músicos que se habían quedado trasnochados o vulgares para sus gustos, o se dedicaban a hacer la pelota a la profesora.
Ellas dos fueron auténticas de verdad, y lo que comenzó como un grupo de Telegram alternativo, acabó siendo su refugio. Sus hermanas de tinta escuchaban sus quejas

Aquellos audios eran pura sanación en los que descargaba las piedras de su mochila energética. Cuando se propusieron quedar llegó una pandemia, el confinamiento y, como decía la abuela de Judith, cuando las desgracias vienen, lo hacen de  de tres en tres, el copón.

**Judith:**

Un copón me tomaba yo. Jartita estoy ya hoy. Mi abuela tiene un ataque de artrosis y a todo el mundo le ha dado por cuidarse. Me paso el día recorriendo la ciudad fantasma en moto haciendo entregas. Así no hay quien escriba y eso que la abuela me echó las cartas del tarot y decían que me iba a forrar. No va a ser como escritora, eso seguro.

**Menchu:**

Nena, vas a ser la más rica del cementerio. Fuiste muy lista al montar el herbolario online. Yo estoy teletrabajando. Esto es un caos. No estoy con la mente en ningún sitio. El niño corretea por aquí y Lola parece más deprimida que nunca. Ya no sé qué hacer. SOCORRO.

**Maira:**

Mucho ánimo, chicas. Nosotros al menos tenemos jardín. El hotel estará cerrado por unos meses. Creo que esto se va a alargar más de la cuenta. Tengo una novela en mente, pero muy pocas ganas de darle a la tecla a no ser que sea a las del móvil para escribiros.
¡Qué pena no haber podido daros un abrazo en persona!

Y así transcurrieron los días, desahogándose y uniéndose por ese hilo que parecía transparente formado por un ejército de consonantes y vocales. No. No escribieron ninguna novela, pero su aventura fue

digna de una. Esta.

# 2. BRUJIGLOVO

Judith no sacó tiempo para escribir. Se levantaba de buena mañana y encendía el ordenador. Dejaba a su abuela una copia de los pedidos de herboristería que debía preparar para entregar al día siguiente, cargaba la mochila y recorría las calles de Madrid.
Era la *brujiglovo*. Durante el confinamiento, aparte de papel higiénico, la gente demandaba bastantes productos naturales: infusiones, pastillas de productos relajantes, miel de todas las variedades posibles y, sobre todo, harinas orgánicas, básicamente, porque estaban acabando con la harina normal.

Parecía que la gente había cambiado. Eso era así en su mente de buena persona, hasta que abrían la puerta en pijama y la trataban como a una apestada. Vamos, que les faltaba recoger el pedido con las pinzas de la cocina. Y de propina nada. El dinero mondo y lirondo.

**Judith:**
Estoy hasta el pirri de la gente. No nos extinguimos por el virus. Nos va a exterminar la falta de sentido común.

**Menchu:**

¿Qué te ha pasado, reina mora?

**Judith:**

Estoy hasta el pirri de la mala educación. A veces no me dan ni los buenos días. He subido a un quinto piso sin ascensor y me ha aparecido un tío en calzoncillos quejándose de que lleva no sé cuánto tiempo sin hacer caca. A la mierda casi le mando yo.
**Maira:**

¿En calzoncillos? ¿y qué tal estaba?
**Menchu:**

Estreñido.

**Judith:**

No vayas por ese camino, Maira. Ya os lo he dicho muchas veces. Soy tan selectiva que creo que he vuelto a ser virgen de nuevo.

**Maira:**
¡Eso hay que solucionarlo!
Cuando pase el virus hacemos una quedada. Te coges un avión y te presento a mi cuñado.
Oye, que guapo no es…, pero es majete y gracioso.

**Judith:**
Gracias, pero no.  A tu cuñado el orco le buscas
otro plan, maja. Yo lo que quiero es un muso,
un hombre guapísimo,
de esos que solo con besarme, me tiemble el cuerpo de los pies a las orejas…

Y así, entre mensajes y emoticonos,
Judith olvidó el día de mierda que había tenido y el dolor de espalda que el peso, y no solo físico, se había instalado a vivir con ella.

# 3. UNA COPITA

Los siguientes días recibieron la noticia de que el confinamiento se extendía unos días más. Maira y suPaco, así todo junto lo llamaban las chicas, estaban bien. Estaban pasando el aislamiento en una casa con piscina alejada del mundanal ruido. Hacían mucho el amor y se daban unos buenos atracones de lectura y Netflix.
Judith se tiraba de los pelos, aunque tenía que reconocer que su abuela tenía mucha gracia.
La mujer se había propuesto pasar a una letra legible el libro de Hechizos de sus ancestras.
Lamentablemente sus dedos artríticos y algo retorcidos, no le permitían usar el teclado con comodidad, así que se dedicó a dictar a Judith un par de horas al día y a explicarle el proceso de cada receta por si tenía que ponerla en práctica.

A veces Judith se sentía bendecida por haber pasado más tiempo con su *nona,* como ella llamaba a Coral, que con sus padres. Su padre había muerto en un accidente y su madre se había aislado.

La magia se había saltado una generación y no entendía el lenguaje ni el modo de vida de su antecesora ni de su hija. Esos días el virus la había sorprendido con su grupo de submarinismo en Borneo.
Puntualmente el viernes las tres amigas quedaron en conectarse.
Cada una tenía al lado una botella de Martini. Entre sorbito y sorbito, la lengua de Judith se desató y les confesó todo, todo, todo. Se sintió muy mal por su lengua loca.
Esperaba que, tras dormir y asimilar que se les había ido la mano a las tres con la botella, dudarían de si su confesión era parte del globo.
Seguramente se mensajearon entre ellas para después decidir que la aceptaban como animalejo extraño pero tierno, muy tierno y ñoño que era.
—Ese ha sido siempre mi defecto —confesó Judith cuando comenzaron a preguntarle por sus exparejas—. No sé querer a medias.

Y me ha ido como el culo tener este arte para entregarme. He acabado con mi saldo de lágrimas. Mira que mi abuela y sus tiradas del tarot me avisan sin ningún tipo de filtro.

—Ese tipo es un estafador —me dijo con el segundo—, (al primero no lo conoció porque fue fugaz como el cometa Halley).
—Sigue, por favor. Esto es mejor que una telenovela turca —suplicó Maira mientras bebía otro trago largo de su copa. Ella le hizo caso y continuó con su perorata.
—Pues lo dicho, ¡bingo! El Eusebio me dejó dos agujeros, uno en la cuenta corriente y otro en el corazón. Fue la primera vez que, tras ganar el juicio en el que fue condenado a indemnizarme, le hice un trabajito. No, cochinas, no uno sexual, que para eso no tengo ni cuerpo ni habilidades.
Las otras dos empezaron a carcajearse y a ella se le pegó la risa. La de Menchu era especialmente contagiosa, porque incluía una especie de ruidito-ronquido-cerdito.

—Un hechizo de magia negra —confesó dejándose llevar por la confianza que se tenían—. Eso es lo que hice por primera vez en mi vida, llevada por la rabia, al ver la mirada y risa burlona que me había dedicado al salir del juzgado.

»Dos semanas después de mi ritual de magia negra (que leí en un libro de hechizos y recetas de mi abuela) encontré una publicación en *Facebook* en la que anunciaban que el Eusebio tenía un extraño trastorno en su organismo que le producía alopecia.

»¡A tomar por culo la melena, que cuidaba más que a mí! Calvito como Don Limpio se había quedado el chorbo. Y ya, el despiporre tomó un color rojo, como las mejillas de las tres amigas.

Judith se despidió y rezó para que el pedete lúcido que sufrían les hiciera olvidar su confesión. Pero no fue así.

Y es que, tener una bruja como amiga, es lo más.

¿No crees?

# 4. EN LA VARIEDAD ESTÁ EL GUSTO

Cada una soñaba con escribir una novela que nunca llegarían a hacer. En realidad, llevaban engañándose a sí mismas gran parte de sus vidas. Maira era jefa de recepción de un hotel en Tenerife.
Tenía una mezcla curiosa: un poco canaria, nacida en Madrid y veraneante desde que nació de la mágica zona de Sanabria donde conoció a suPaco. Y quedaba la tercera del grupo, Menchu, en guerra constante con su pareja, que no sabían nunca si aún eran algo o si habían terminado para siempre.

Lola vivía entre la depresión tras haber perdido su trabajo, la responsabilidad de criar al hijo de ambas, y la desidia más absoluta. Había días que no se quitaba el pijama ni para recoger a Teo del colegio. Se ponía un abrigo encima y listo.

Menchu tenía miedo de perderlos a los dos, porque con la cantidad de horas que pasaba trabajando, los veía solo media hora para desayunar, siempre regañando a Teo para que se diera prisa y al cenar, cuando había sido Lola la que había pasado la tarde entre deberes, protestas y caprichitos.

***Menchu:***
Es que ya no sé qué hacer. Igual, cuando acabe el tormento este del confinamiento, deberíamos tomar una decisión y separarnos.

**Judith:**

¿Y un psicólogo? Yo creo que Lola necesita un baño de realidad, un profesional que le explique que lo que le está pasando no es normal.

**Maira:**

A mí quién me preocupa eres tú. Bueno, y la bruja. Que me parece mentira que viváis en la misma ciudad y no os hayáis visto aún.

***Judith:***

Tienes razón. En cuanto levanten las prohibiciones, desayunamos juntas y agendamos una quedada al mes.

Pero no fue al mes, no al principio, porque quien necesitó ayuda y un hombro sobre el que llorar fue la Menchu. Y fue por ayudarla que a Judith se le fue la magia de las manos.

# 5. ¿QUIÉN ES ESE HOMBRE?

Por fin Judith y Menchu cumplieron su promesa y quedaron. Fue un poco complicado, pero al final madrugaron mucho y lograron verse cerca de la oficina a la que tres días a la semana debía acudir Menchu. Entre cafés y napolitanas de crema, temiendo que les subiera el colesterol o se les ensanchase el pandero, las dos amigas, como si se conocieran de toda la vida, se confesaban sus miserias.
—Mi vida es una mierda —lamentaba Menchu.
—A ver, cuqui ¿qué te tiene así de triste? —quiso saber Judith, por si podía ayudar en algo.

—Primero, Lola. La quiero con todo mi corazón. Necesita ayuda, pero no sé cómo convencerla de que acuda a un profesional. Es desesperante ver cómo sufre y calla. Y después… mis nuevos jefes.

—¿Pero tú no tenías un jefe majísimo? —quiso aclarar Judith porque así lo había entendido en algunas de sus conversaciones.

La Menchu trabajaba como asistente de dirección en una multinacional que se dedicaba a la importación-exportación de productos selectos.

El señor Juan Mazagón había sido su jefe durante veinte años y siempre había sido amable y considerado, aunque la sometía a una gran esclavitud que la hacía merecedora de cada uno de los tres mil napos que ganaba su amiga.

—El señor Juan se jubiló por sorpresa la semana pasada. Los aprendices de jefe han tomado los mandos. Son unos prepotentes y unos maltratadores psicológicos. Me cago en su estampa —decía entre lágrimas, risa tonta y sorbitos de café.

—Yo no entiendo a tu nuevo jefe. Le han regalado una empresa que funciona y está activa gracias a empleados como tú, que os dejáis el alma cada día —comentó Judith.

—Juan Junior ha sido siempre muy especial. Para su padre era una

preocupación constante, siempre poniendo en duda la gestión la empresa y a mí como su mano derecha.
Me odia y no sé por qué —lamentó—. Ahora ha tenido la brillante idea de hacer venir a la empresa a un abogado amigo suyo, experto en auditorías empresariales, para comprobar la administración de estos dos últimos años. Creo que quiere despedirme.

Menchu estaba aterrorizada. Se planteaba qué haría su pequeña familia sin su sueldo y, siendo sincera, también qué haría ella sin ese trabajo que tanto le gustaba.

—Hay algo más. Verás…

Judith se quedó boquiabierta. No suponía que tuviera una relación tan particular con su jefe y no, no eran precisamente amantes.

A Menchu le dio la risa solo con pensar en hacer un hechizo para que los dos estirados cagasen las escobas que llevaban insertadas en el culo. Quiso cambiar de tema para que Judith no se preocupase demasiado.

—Y tú, ¿qué tal?

—Te vas a reír. He conocido a alguien. Es una relación virtual y llevamos escribiéndonos algunos meses —confesó Judith.

A la Menchu se le quitaron las penas de un plumazo.

—Por fin me hiciste caso y te apuntaste a la red social que te dije.

Judith se sintió como si estuviera sola en un escenario o mejor, bajo el foco de una comisaría ante una policía chismosa.

Por suerte llegó la hora de marcharse, y una se llevó su secreto hasta la semana siguiente y la otra las ganas de saber quién era ese hombre, como la canción de la famosa telenovela.

# 6. CASUALIDADES Y ALGODÓN DE AZÚCAR

Judith estaba realmente ilusionada. Era muy guapo. Su foto de perfil no mentía y si lo hacía era para aminorar la impresión que se llevó al reconocer su cara tras la pantalla del ordenador. Su conversación era fluida y muy chispeante.
De vez en cuando preguntaba alguna de las miles de dudas que tenía sobre alimentación natural, hierbas medicinales o terapias alternativas. Pero no parecía hacerlo con el afán de burlarse.

Incluso había llegado a reconocer que la infusión de erísimo había sido mano de santo para recuperarse de su afonía.

Aquella tarde Judith se levantó de la mesa con las piernas temblorosas tras escuchar lo que él tenía que decirle:

—Tengo muchas ganas de conocerte en persona Judith. Sé que crees que no pegamos ni con chinchetas; eso es lo que dijiste, ¿no

—Sí, y sigo pensándolo. Me siento muy bien y creo que eres el tipo que más me ha hecho reír desde que puedo recordar. Pero míranos. Tú eres guapísimo, un abogado de éxito con los pies en el suelo…

—¿Y...? —añadió él, que estaba dispuesto a rebatir cualquier argumento que fuese en contra de conocerse y lograr avanzar en la relación que hasta ese momento era de amistad y a través de una pantalla.

—Pues que yo creo en las energías, los ángeles, el efecto curativo de las hierbas y las oraciones y recorro Madrid en Vespa con una mochila enorme. No creo que seamos compatibles.

—¿Me estás dando calabazas, brujita? —preguntó muy serio hasta que la barbilla le tembló y su sonrisa casi la deslumbró.

Mientras se esforzaba para no lucir cara de tonta él añadió:

—He aceptado pasar todo el mes que viene asesorando a uno de mis mejores amigos con su nuevo puesto de trabajo. Su padre se ha retirado y él debe hacerse cargo de todo. Así que creo que no te quedará otra que rechazarme cara a cara.

¿Qué te parece?
¡Pues qué iba a parecerle!
¡Una locura muy bonita del destino!
Pero…
¿Pensó en que era una casualidad que el amigo de su amor por pantalla acabase de recibir los mandos de una empresa como le sucedía al jefe de la Menchu?

No.

Judith flotaba en algodón de azúcar; imaginaba de qué color tendrían los ojos sus futuros hijos y, por otra parte, luchaba por no emocionarse demasiado.

# 7. EL EMPOTRADOR QUE TÚ NECESITAS

La tarde se pasó rápida. Necesitó llamarlas al día siguiente. Maira tuvo que buscar una excusa para estar un rato a solas en su despacho. Las dos la ayudaron a arreglarse y le dieron un tutorial para maquillarse sin parecer una puerta. Javier la esperaba en la entrada del Hotel Palace. Fueron a un restaurante muy cerca del Congreso. Parecía que le conocían porque en todo momento se mostraron muy atentos. Judith se sorprendió al ver lo tranquila que estuvo durante la cena.
De un plumazo se habían marchado las inseguridades por sus kilos de más y sus nervios. Hablaron sobre ellos, su negocio con el herbolario y también de él y su amor por la abogacía empresarial. Jugaron a hacer turnos de diez preguntas. Entre copa de vino y bocado de exquisiteces. Se fueron animando y entrando en temas un poco más sensibles. La noche se les pasó entre confesiones.

Juró que antes nunca se había sentido tan liberada.

Javier fue todo un caballero. La llevó de la mano hasta el parking donde tenía aparcado su cochazo. No preguntes qué modelo era.
Solo sabía que era un Mercedes Benz y que desde el momento en el que se tiró el pisto ordenando al coche que pusiera una canción, ella se dedicó a jugar con el sistema ese que llevaba su bólido escondido.

Javier era siete años mayor que ella, pero su carcajeo recordaba a la risa de un chiquillo adolescente.Paró cerca del portal. Aparcó en un vado y dejó las luces de emergencia. Se empeñó en acompañarla hasta la misma puerta.

Y pasó.

Le tomó de la cintura.

—Voy a saltarme la promesa que me había hecho —anunció sin soltar su abrazo.

—¿Qué promesa es esa?

—No iba a besarte en la primera cita. Pero no puedo contenerme.

¡Madre del amor hermoso qué beso!

Ni en las novelas que leía había vivido una cosa así. Le dio un inmenso hormigueo en la tripa y mucho más abajo y dedujo que a él le había pasado igual.

Sí. Él pensó en meterla en el coche y regalarse un encuentro de esos que hacen historia. Pero lo meditó mejor. Le besó la mejilla y el cuello y susurró:

—Hasta mañana, preciosa.

—Hasta mañana. Te escribo.

—Ya tienes mi teléfono.

Era verdad. Se habían dado los números de teléfono esa noche.

Era un avance porque ya no dependían de la aplicación para contactar.

Judith subió a casa como si caminara sobre las nubes.Se quitó los tacones en el felpudo, antes de entrar. Pero cuando pasó a la cocina, allí estaba la nona.

—¿Qué tal con el Caballero de Oros?

—¡Joder nona! ¡A este paso no llego a los cuarenta! —exclamó, mientras el corazón se le aceleraba del susto.

—Calla, jodía y cuéntame.Que creo que ese tipo es un buen empotrador.

—Hazme una infusión anda. Voy a por el pijama.

Se deshizo de la ropa de chica a la moda que llevaba y volvió a ser la simple de siempre.

Pero ojo, que la simple se sentía especial y digna de pasar una noche de sexo apasionado con un hombre guapísimo.

# 8. LA NONA

Pasaron unos días. Javier estaba ocupadísimo y Judith había tenido que subsanar algunos problemas debido a un fallo con la empresa de transportes con la que colaboraba para no estar siempre en la calle.
Defino subsanar: coger su Vespa y entregar los pedidos, mojarse, pasar un miedo de casi hacerse caca y volver a casa calada hasta los huesos.

Por supuesto no había atendido al móvil. Se cagó en todos los ancestros de los transportistas que no le habían sido nada útiles.
Cuando llegó a su portal tiritaba de frío. Se bajó de la moto y se quitó el casco dando gracias porque al menos el pelo lo tuviese seco. Siempre se constipaba cuando llevaba por la calle el pelo mojado.
—¿Jud? —escuchó y solo percibir esa voz, se tensó. Rezó en voz baja para que no fuera él.

Se giró. Para su horror allí mismo, trajeado, con un abrigo de vestir y bajo un enorme paraguas negro, estaba Javier. La noche de su primera cita Judith le había dado una tarjeta de visita con el nombre y la dirección de su herbolario y no se había podido resistir a ver el lugar en el que ella trabajaba cuando no descolgó el teléfono ni respondió a su llamada.
—¿Qué te ha pasado?
Se encogió de hombros.

—Los de la empresa de transporte han tenido un problema y me ha tocado hacer las entregas.

Trató de contener la risa. La miraba de arriba a abajo.

—El hechizo de mi hada madrina se terminó a medianoche, majo.

Se sacudió la ropa un poco. Guardó el casco y sacó de la parte trasera de la moto su bolso para buscar las llaves.

Si pensaba que se iba a reír de ella o de su aspecto, lo llevaba crudo el gilipollas.Estaba abriendo el portal cuando la tomó del brazo.

—¿Se puede saber qué te pasa?
—Me pasa que me has mirado cómo si fuera un bicho raro y no me gusta.

—Nena, eres rara y preciosa —afirmó él y el enojo de ella se derritió a pesar del frío.

—¿Quieres subir?
—¿Me invitas a un café?
—Sí, claro. Pero vas a flipar cuando conozcas a la *nona*.
—¿Perra o gata?
Y cuando dijo eso ya si que no pudo más. Le dolía la tripa de reírse y todo.
La abuela abrió la puerta.
—¡La virgen, niña! ¡Vienes como una sopa!
Después se fijó en él.
—Javier. Eres mucho más guapo en persona.
—Gracias señora…
—Coral, pero puedes llamarme *nona*, como hace esta gamberra.
Siguieron a la abuela hasta la cocina. Creyó que ya sabía que irían los dos. Su don era muy poderoso, cada vez más. La muy cabrona estaba preparando su famoso bizcocho de naranja y jengibre. Es lo que tenía vivir con una bruja profesional.

La miró y le guiñó un ojo.

—Ve a cambiarte niña, que vas a coger una pulmonía. Yo voy a hacer un té o un café a Javier.

Cuando pasaba a su habitación ya estaban los dos conversando como si se conocieran desde siempre.
Se puso los vaqueros desgastados. Demasiado desgastados, pensó. Sacó del armario otros un poco más nuevos. Pero le apretaban. Cagándose en todo volvió a ponerse los anteriores.
Arriba una camiseta de tirantes y una sudadera de Disney. Salió descalza. Creía que sus pies eran de lo poquito que le gustaba de sí misma.

Además, se había pintado las uñitas de rojo la noche que había salido con él, por si pillaba.

—Si te descuidas se te enfría el té —protestó la abuela.

La alarma del horno sonó.
La *nona* sacó la bandeja con un guante. Lo dejó en la encimera. Cortó dos trozos y, aún caliente, espolvoreó por encima un poco de azúcar glas. Los sirvió en un par de platitos y se los puso a cada uno delante.

Después, como si fueran dos quinceañeros besó sus cabezas y se despidió deseando un buen viaje a Javier.

# 9. ESTE NO VUELVE

—Tu abuela es genial —dijo.

—Más bonita que ninguna—respondió Jud mientras él tomaba su mano.

—No. Más bonita que ninguna es la nieta, que hasta como una sopa está para comérsela.

—Sí, claro. En realidad, te has dado cuenta de lo diferentes que somos. Tú el gran abogado y yo…

A Javier le molestó mucho esa afirmación. Se preguntó si Judith no se miraba al espejo. Era una preciosidad llena de curvas y tenía una mirada enigmática y brillante.

—Tú ¿qué? ¿Una pequeña empresaria que no se arruga ante las dificultades? Me he imaginado quitándote esa ropa mojada y haciéndotelo en el coche. Eso es lo que he pensado.

Se le fue el té por otro lado y hasta tos le dio.

Javier probó el bizcocho y sus ojos se abrieron con sorpresa. Nunca había probado algo así de delicioso.

La abuela guardaba aquella receta como si fuera un tesoro, apuntada en un recetario para que ella solita fuera la dueña de sus secretos cuando se marchase al otro mundo; esperaba que a los trescientos años. Le ofreció un pedazo más, pero Javier miró el reloj y chasqueó la lengua.

—Tengo que irme. Venía a despedirme por si estabas en casa porque no me cogías el teléfono ni contestabas a los mensajes. Estaré fuera

unos días.

—¿Cuántos?—quiso saber.

—No lo sé. Depende de como se me dé. Tengo que ocuparme de los contratos de dos empresas y asesorar a un amigo que tiene problemas con su negocio.

—Pues nada. Pásalo bien cuando no estés trabajando.

—Voy a pensar un montón en ti —dijo sentándola en sus rodillas.

—Eso está muy bien.

Se besaron y de nuevo estaban ya como una plancha. Jud se levantó y le dejó hacer lo propio. Le ofreció su abrigo y él se lo colgó del brazo.

—Hasta la vuelta, corazón —dijo abrazándola.

Cuando llegaba a la puerta se volvió.

—Nena, ¿cómo sabía tu abuela que me voy de viaje? —preguntó.
A Jud le dio la risa.

—Mi abuela es bruja —respondió pensando por no sé qué vez «este no vuelve más», pero unas horas después le escribió un mensaje muy romántico.

***Javier:***

No sé si lo has dicho para asustarme. No soy tan cobarde. Me encanta tu abuela. Me encantas tú y lo quiero todo contigo.

**Jud:**

No. Si ahora vas a ser masoca.

**Javier:**

Si se trata de estar contigo...vale la pena.

**Jud:**

Hasta mañana, precioso.

**Javier:**

Salió de ese estado de tontería-ensimismamiento cuando sonó el móvil. Tenía una cita a la que no podía faltar. Videoconferencia con sus amigas.

# 10. POR MIS AMIGAS HAGO HECHIZOS

La Menchu parecía estar al límite. Los buenos días de cada mañana en el chat se habían convertido en una frase lapidaria: Viva porque no me queda otra.
Las amigas habían insistido en que les diera detalles de su situación. Querían saber qué pata de su ya deteriorado mueble mental fallaba ese día para poder escribir palabras alentadoras. Para eso eran hermanas de tinta ¿no?

**Jud:**

Vamos, Menchu, no será para tanto. Tengo que hacer algunas entregas. Ya no me fío de la empresa de transportes y así me ahorro algo de dinerillo y desayuno contigo, ¿qué me dices?

**Menchu:**

Que ojalá seas bruja de verdad y de las buenas. Porque no creo que pueda soportar el acoso de mi jefe y de su amigo el guaperas estirado.

**Maira:**

¿Dos contra una? Ya podrán. Qué bajuno es todo.

**Menchu:**

El tal Francisco J.de la Cruz me dejó un dossier para que compruebe algunas transacciones que don Juan y yo hicimos con otras empresas antes de que se jubilase. Encontré un par de errores de facturación que no tienen nada que ver con mi departamento. Eso lo lleva Álvaro, el de contabilidad.No dejo de pensar que creen que soy idiota, o que he estado robando a la empresa, o qué sé yo.

**Jud:**

¿Entonces, quedamos?

**Menchu:**

Por favor. Al menos alguien me abrazará y me dará ánimos. Mi mujer me ha respondido con un gruñido cuando he salido de casa y me he despedido.

**Jud:**

Tranquila. Nos vemos.

Jud tomó una bolsita de tela y escondió dentro los ingredientes necesarios para un hechizo protector. Un trozo de pirita, un pétalo de rosas roja, una hoja de laurel y un papel con una afirmación para que el alma de Menchu se sintiera reconfortada.

Después cargó su mochila con los pedidos del día, le dio un beso a la *nona* y se marchó.

Javier no encontraba ningún error en la gestión de la secretaria de dirección del padre de Juan, a la que su amigo tanto odiaba. Menchu no parecía culpable. Sin embargo, el tal Álvaro se defendió de los errores en los asientos de contabilidad tirando balones fuera, lo que llevó a Javier a encargar una auditoría de los dos departamentos.

Menchu realizaría durante el proceso labores de inferior categoría.

Cuando la informó, la joven solo se encogió de hombros como si estuviera ya resignada a recibir un castigo que no merecía.

—A lo largo de mi carrera he visto a muchos culpables intentar engañarme y te aseguro que ella no es de esa clase. El tal Álvaro, sin embargo… La intuición me dice que no es trigo limpio —le aseguró a Juan Junior.

—Da igual lo que digas. Debe de haber una razón para que mi padre, antes de marcharse, blindase el contrato de esa mujer. O estaba robando o se acostaba con mi padre. No pienso mantenerla aquí. Quiero que revises las condiciones de la cesión que me hizo mi padre —le ordenó, como si trabajase para él y lo que estuviera haciendo no fuese un favor.

Javier respiró hondo. Había compartido unos años en un internado de Estados Unidos con Juan. Le tenía mucho cariño. Pero estaba empezando a perder la paciencia con tanto rencor. Parecía un crío.

Javier tuvo que volver a su ciudad y casi fue un alivio dejar Madrid, su tráfico y a su amigo enfurecido durante los días que tardase la auditoría en resolver sus dudas.

Judith no esperó demasiado. Le dio a Menchu un abrazo muy reconfortante y le entregó la bolsita con el hechizo protector. Además escribió en una hoja de su libreta el nombre completo de tres personas.

Lola: Dolores Tozas Martínez.

Juan Mazagón López.

El abogado… Francisco J. de la Cruz.

Que se preparasen todos. Esa noche Judith iba a usar todos sus conocimientos de brujería. Compró un par de pepinos, sal gorda en cantidades industriales, alcohol alcanforado por si el de casa se había consumido y tres o cuatro ingredientes que tú, lector, no debes conocer

Se le olvidó un pequeño detalle. La J del nombre del abogado era del segundo nombre de un joven guapo que estaba a varios kilómetros pensando en ella. Javier.

# 11. EL HECHIZO

Judith no habló con la nona. Sabía que lo más razonable era consultar con la experta en brujería. Pero estaba tan enfadada que no razonó. Se acercó a la habitación de su abuela y sacó de su cómoda el libro de recetas y hechizos que juntas estaban descifrando. Y empezó a preparar un par de hechizos.
Primero para Lola, a la que hizo un amarre de amor en una bolsita que Menchu debía dejar en su bolso o en alguna parte que siempre le acompañara. Fue sencillo: canela, azúcar morena, un cuarzo rosa y una oración de amor que vinculaba a las dos partes.

Prosiguió con Juan Mazagón Junior y su amigo el abogado. Quería hacerles sufrir de verdad y se dijo que la mejor manera era dañar su hombría, vamos, en lenguaje cercano que no se les volviera a empinar hasta que dejasen de atacar a su amiga.

Para esos hechizos tomó dos frascos de cristal, abrió los pepinos por la mitad y dentro metió un papel con el nombre de cada uno de los idiotas a los que iba a hechizar escrito con tinta azul.

Los cerró con un palillo y los sumergió en alcohol alcanforado.

Después rodeó los frascos dejando en ellos la impronta mágica del deseo más profundo de su ser: hacer justicia y que Menchu no sufriera más.

Visualizó que a esos dos hombres su órgano sexual no les funcionara mientras siguiesen dañando en pensamiento y obra al ser de luz que era Menchu.

Pero todos lo sabemos, ¿verdad?

Precipitarse y actuar movido por el enfado no es bueno. Nada bueno.

# 12. EXTRAÑOS

Juan Mazagón Junior se sentía poderoso. Menchu era muy eficiente; se movía entre los conflictos como si llevara, lo que era en realidad, toda la vida resolviéndolos. Si había tenido algo físico con su padre, le llenaría de satisfacción saber que la culpable de que el matrimonio de sus progenitores se rompiera, pagaba las consecuencias. Estaba seguro de que en la auditoría encontrarían algún error, alguna trasferencia a su cuenta personal o algún regalo que habría recibido de su progenitor, que siempre había sido demasiado desprendido y generoso.
Si se había equivocado, cosa que dudaba, sería un daño colateral, como en el campo de batalla. La empresa era su guerra y dejar muertos, lo que traducido significaba despidos en la cuneta, era algo normal, ¿no?

Junior llegó a casa envalentonado. Cenó con su mujer a quien le comentó, lleno de ego y razón, que iba a despedir a la amante de su padre.

—Espero que lo tengas claro. Solo he visto una vez a esa mujer y no creo que tenga el perfil de devorahombres, y menos que se sienta atraída por un señor de la edad de tu padre —reflexionó en voz alta su mujer, Amanda.

—¡Qué sabrás tú! No tienes ni idea de la cantidad de veces que he hablado con ella en vez de con papá porque él nunca tenía tiempo para mí. Ha pagado los mejores internados y la universidad más prestigiosa en América, pero nunca se ha preocupado por mí.

—Juanito, no te enfades; te estás comportando como un caprichoso. Creo que deberías tener una conversación con tu padre.

»Desde que tu madre murió os ha separado el orgullo y un silencio que no tiene justificación. Ya eres un hombre y esa mujer lleva años trabajando en la empresa que acabas de heredar. Creo que deberías aprovechar esta situación en vez de enfrentarla.

Fijó su mirada llena de ira en los preciosos ojos que un día le habían enamorado. Apuró su copa de vino y entre los dos recogieron la mesa.

Amanda lo abrazó. Sabía que cuando le contradecía sembraba en él pensamientos que le hacían dudar y eso le gustaba. Estaba convencida de que aquella mujer curvilínea adoraba a su suegro, pero no había nada sexual entre ellos.

—Anda, vamos a la cama. Ha sido un día muy largo y necesitas descansar.

—Tú eres lo que yo necesito. Eres mi mejor medicina—dijo tomándola por la cintura y atacando su boca con un sensual y largo beso.

Pero…

La noche no acabó cómo él tenía previsto. No hubo sexo ni erección ni locura tórrida y húmeda. El pajarito no le funcionó. Se quedó mudito y sin aletear haciendo que no durmiera en toda la noche.

# 13. LA IDENTIDAD DE MENCHU

La reacción que tuvo Javier distó bastante de ser algo físico. No solo tenía algo que ver con la excitación, sino con una melancolía que nunca había conocido antes. Algo que se asentó en su corazón y él no supo entender.
«¿Qué me pasa?» pensaba mientras un torrente de lágrimas se derramaba por sus mejillas. Necesitaba ver a Judith, viajar por su piel, acariciar su cara y no separar su mirada de su boca y sus ojos. Le extrañó no empalmarse mientras miraba su foto, pero sobre todo, sentirse tan apesadumbrado y triste.

La semana empezó de la peor manera para Menchu. Acudió al despacho porque sabía por los abogados que Juan Junior no había enviado una serie de contratos a los letrados y la llamaron como siempre a ella.

Llamó a la puerta y lo encontró con esa actitud arrogante y prepotente en el que había sido sillón de su padre, un hombre bueno, elegante y amable al que echaba mucho de menos.

—Necesitan que firme esto, por favor. Es urgente que se lo manden a los abogados.

Él ni siquiera la miró. Le molestaba profundamente que lo llamase de usted, pero él se lo había ganado, ¿no? y, ¿no era eso lo que quería de ella, respeto y gestos de cierta inferioridad?

—Aquí tienes —dijo ofreciéndole las carpetas y retirándolas cuando ella iba a sostenerlas para añadir:

—La cisterna del water femenino se ha roto. Quiero que la arregles.

Le encantó ver su mirada de sorpresa y estupor.

—Pero… —añadió ella.

—Pero nada. O lo arreglas tú con esas manitas o te vas a la puta calle.

Menchu no tenía ni idea de electricidad, fontanería, bricolaje ni siquiera costura. Lola siempre decía que ella era la de habilidades manuales de todo tipo y que la fuerza mental y los recursos eran la parcela de su mujer.
Y todos lo comprobaron en primera fila, cuando Menchu salió del baño completamente empapada, el pelo pegado a la cara, manchas de máscara de pestañas emborronaban sus ojos y se le habían partido dos de las uñas de porcelana que había pagado el viernes, mientras intentaba olvidar su miserable vida entre colores y olor a barniz y acetona.

Para colmo Junior estaba en el pasillo, cruzado de brazos y Javier junto a él, que se la quedó mirando a la espera de una respuesta.

Acababa de volver para contarle a Juan que Menchu había hecho un trabajo excelente durante el tiempo que había trabajado para su padre.

Además, se había enterado de que estaba casada con una mujer, lo que dejaba en jaque la teoría del engatusamiento a su padre.

Menchu los miró fijamente y comenzó a gritarles en un tono desgarrador.

—¡Espero que estéis satisfechos!

—¡Tú! —dijo mirando a Javier—, no has encontrado nada en mi contra, ¿verdad?

Javier tuvo que admitir que estaba en lo cierto:

—Estás limpia.

Ella señaló entonces a Juan Junior.

—Y tú, niñato de mierda, explotador, solo quiero que sepas que no te mereces al padre que tienes, él lo dio todo por ti y por tu madre.
»Incluso renunció a formar una familia con una mujer a la que sí amaba, imbécil.

»Te voy a denunciar por acoso laboral y va a enterarse todo el mundo de la clase de tirano que eres.

Después levantó la cabeza y por fin se vació de la verdad que tanto la corroía por dentro.

—Tu padre renunció a mi madre para casarse con la tuya y criarte como al caprichoso y estúpido que eres. Yo no he heredado la empresa. Lo único que pedí es seguir en mi puesto de trabajo. Hasta eso vas a quitarme.

Javier intentó acercarse a ella para que se calmase, además, allí hacía frío y estaba empapada.

Ella en respuesta se deshizo de su brazo y salió corriendo hacia la calle. No tuvieron tiempo para reaccionar. El coche frenó, pero el cuerpo de Menchu salió despedido a varios metros.

A partir de ahí, los acontecimientos parecieron de película: ambulancia, policía, los teléfonos echando chispas y unas palabras resonando en la mente de Juan Junior que tenía más dudas aún sobre la identidad de Menchu.

# 14. ADIÓS Y HOLA

Judith llamó varias veces al móvil de Menchu. Le extrañó que no respondiera y que ni siquiera le devolviese la llamada. Preguntó por mensaje a Maira. Tampoco se había puesto en contacto con ella.
Salió a hacer entregas y cuando regresó cenó con su abuela, que le pareció mucho mayor que el día anterior, aunque seguía con sus bromas y su ternura.

Cerró los ojos con la idea de que era todo cosa suya, de su imaginación intensa y con cierta facilidad para desbordarse. Pero ella tenía el mismo don que Coral y cada día se intensificaban las sensaciones y visiones.

A las nueve de la mañana le sonó el teléfono. Cuando leyó en la pantalla el nombre de Menchu y dijo:

—Me tenías preocupada.

—Judith, soy Lola, la mujer de Menchu, ella…ayer tuvo un accidente. La atropelló un coche.

Con voz temblorosa Judith quiso saber más.

—¿Cómo está?

Lola lloraba intentando hablar al mismo tiempo:

—Está en cuidados intensivos. Hoy la operan para ponerle clavos en una pierna.

—El hospital, dime el nombre —dijo agitada.

Cuando Lola le dio la localización, se despidió de su abuela.

Supo que ese accidente había sido culpa de Junior y entre esos pensamientos se coló la imagen de Javier. En un minuto las piezas

encajaron. Salió de casa muy enfadada. Conducía por primera vez como una auténtica loca pensando en lo que aquellos dos machirulos habían provocado.

Juan padre y Junior esperaban sentados en la sala que les habían indicado. En los asientos que había frente a ellos estaba Javier, intentando consolar a Lola.

Javier la vio entrar y se puso de pie.

—Judith, ¿qué haces aquí?

Ella no le respondió. Supo en ese instante que era el dueño de la J que tanto le había intrigado. Juntó todas las piezas y se encolerizó.

Lola se acercó a ella y se presentó recibiendo el abrazo de Judith.

—Todo va a salir bien —susurró localizando el bolso de Lola, donde dejaría caer la bolsita con el hechizo que había preparado.

La ira incontenible hizo su aparición en el sistema de Judith, la bruja amiga de Menchu que no se paró a pensar qué hacía allí el joven que tanto le gustaba, porque el enfado nublaba su razonamiento.

—Tú —dijo acercándose a Juan Junior—, estarás satisfecho de lo que habéis hecho con Menchu. Hacer que un abogaducho investigue su trabajo en la empresa. No se puede ser más cretino, denigrar a una persona así.

Juan padre se puso en pie y trató de tranquilizar a la joven. Junior había recibido la noticia de que tenía una hermana, Menchu, a la vez que afrontaba que la había llevado al límite por su inmadurez y la falta de comunicación con su padre.

—Señorita, será mejor que se calme. Juan está muy arrepentido… — intentó intervenir el hombre.

—¿Arrepentido? ¡Va a estar mucho más! Soy bruja ¿sabe? y le digo yo que su hijito y este idiota abogaducho que le hace el trabajo sucio, van a parecer eunucos hasta que yo deshaga el hechizo que les he lanzado.

Juan Junior se sorprendió. En efecto, todo lo de Menchu había coincidido con su gatillazo.

—El abogaducho soy yo —escuchó Menchu y se fijó en Javier.

—¿Tú eres amigo de esa rata?

Cuando Javier asintió ella se llenó de desprecio y repulsión.

—Pues qué asco me dais los dos. Después se acercó a Lola y le dijo:

—Por favor, llámame cuando sepas algo. Si me quedo aquí voy a tener que quejarme del olor de la basura que hay frente a ti.

Lola solo asintió.

Se hubiera quedado allí para consolarla, pero supo que un poco de soledad y algo de reflexión junto al hechizo, harían su magia en el corazón de la mujer.

Subió a su moto y regresó a casa. Por el camino compró unas napolitanas de crema y canela recién hechas. Eran las preferidas de su *nona*.

Aparcó, entró en el portal y se limpió las botas en el felpudo.

—Nona, ya estoy aquí. Están operando a Menchu. Pero algo me dice que va a salir todo bien.

No estaba en la cocina, ni en el baño. La encontró en la cama y se acercó hasta ella, que ya no estaba allí, solo su cobertura, su abrigo de piel humana y una dulce sonrisa en sus labios, como la de los que parten conformes a otra dimensión
Judith se quedó allí, junto a su cama, presa del dolor y la soledad. Llamó a su madre que no sabía si regresaría a tiempo.

La casa se llenó de gente. Un médico, los de la funeraria que se llevaron el cuerpo, la vecina que la ayudó a mudar la cama y a elegir el vestido con el que la nona viajaría por última vez…

Puso un mensaje en el grupo y se dejó llevar por la inercia.

Los pasillos del tanatorio rezumaban dolor. Horas atrás un joven había muerto en un accidente de tráfico; tenía solo treinta años y los gritos desgarradores de su madre se quedarían adheridos a las paredes del corazón de nuestra brujita.
Su madre no llegó. Era complicado viajar, porque aún había restricciones.

Los vecinos y algunos clientes la acompañaron. A las doce salió de la sala donde estaba, ya a solas con su *nona* y cerró con una llave que le habían entregado al llegar.

La luna iluminaba los pasillos. Se envolvió en su chal de lana, ya era suyo y aún olía a Coral, la gran mujer que le había enseñado todo lo que sabía sobre hierbas y brujería.

Iba pensando en que hacía una semana que había acabado de transcribir el libro de conjuros y su abuela le había pedido que lo guardase en la nube por si el libro y el archivo se perdían en un incendio, inundación o terremoto.

Sacó un café de la máquina de la cafetería, que estaba cerrada. Se lamentó que no tuvieran personal suficiente para atender a las almas doloridas y los cuerpos destemplados que quedaban allí, a la espera de una despedida final de los suyos.

Volvió a fijarse en la luna mientras abría la puerta cuando escuchó su nombre. Era él. Y supo que ese era el *hola* que precedía al *adiós* de su abuela. Javier.

Entraron en la sala y Javier le quitó el vaso de cartón de las manos para abrazarla.

—¿Cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Ahora no sé nada. Ha tenido una buena vida y ha recibido y dado amor. No debería estar enfadada, ni triste, sino celebrando la

vida y lo que ha dejado en mí. Pero no sé que voy a hacer sin ella —susurró algo afónica de tanto llorar y del griterío que había armado en el hospital horas antes.

Javier se sentó a su lado, frente al cristal que los separaba de Coral, que parecía más alta, joven y alegre, dentro de su vestido de colores estilo mexicano.

Compartieron la noche juntos, espiados por la luna que les dio su bendición.

MESES DESPUÉS…

# 15. ACCIÓN DE GRACIAS

—Yo creo que ya está todo —dijo Junior cuando terminaron de subir los enseres de Javier al piso de Judith.
—Toma, te la has ganado —dijo ofreciéndole una cerveza a su amigo.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —intentó avisar a Javier.

—Lo sé. Judith es la mujer de mi vida. Lo supe desde el día en que la conocí.

—No sé, amigo. Esa mujer es bruja, de las de verdad. Mira lo que me hizo y lo que la cabrona tardó en revertir el efecto.

»Si no es porque mi hermana intervino, me quedo sin tener sexo para los restos.

A Javier le dio la risa. A él le había pasado igual. Solo que utilizó la falta de sexo para ser el amigo y confidente que Judith necesitaba tras su pérdida. Quiso conocerla más y ver cómo sus dones florecían.
—Reconoce que te lo merecías. Mírate ahora, estás encantado de tener una hermana —afirmó feliz de ver a su amigo cambiado.

—Menchu es un activo muy importante en la empresa.

Esas palabras hicieron sonreír a Javier, que puso una mano en el hombro de su amigo.

—La adoras y lo sabes. Miras a Teo con devoción.

Juan tuvo que darle la razón.

—Teo es mi punto débil, eso sí que te lo reconozco.

En ese momento se abrió la puerta de la cocina y aparecieron cuatro mujeres, a cada cual más diferente.

Judith y sus curvas, su pelo que olían a manzanilla y lavanda. La seguía Amanda, la mujer de Juan, vestida con ropa de marca y un enorme bolso en su brazo.

Tras ellas Lola con Teo, que de tanto correr por los pasillos del centro comercial se había quedado dormido.

Por fin, cojeando un poco y con una muleta Menchu, que se acercó a ellos para saludarles.

—Hemos traído comida. Poned la mesa y en cuanto Lola acueste a Teo cenamos.

—Yo lo llevo a la cama —se ofreció Juan, que quiso hacer algo por su hermana y su cuñada, aunque en los últimos meses se había ganado su perdón.

Los dos amigos habían estudiado un tiempo en Estados Unidos.

Era 28 de noviembre y ese día habían querido cenar todos juntos para celebrar Acción de Gracias.

Cuando ya habían engullido todas las exquisiteces que sus mujeres habían traído y rellenando las copas con un buen vino, Juan abrió la ronda de agradecimientos.

—Hoy quiero dar gracias por mi familia, que se completa con hermanos de sangre y de vida. Gracias por acogerme en vuestro hogar y perdonarme.

Le siguió Lola.

—Yo doy gracias a la vida por la mujer maravillosa que tengo y por su paciencia y cariño. Voy a trabajar mucho para estar a tu altura. Te amo.

Menchu se acercó y plantó un beso en su boca.

Fue el turno de Amanda.

—Yo agradezco la aparición de Menchu en nuestras vidas y os anuncio que vamos a empezar a buscar un bebé. Si Dios quiere, el año que viene seremos más.

Todos aplaudieron mientras la pareja se abrazaba.

—Me toca a mí —dijo Menchu—. Yo agradezco las segundas oportunidades, la amistad y el amor.
Lola entrecruzó las manos con las suyas.

—A mí me gustaría agradecer a Judith su aparición en mi vida —comenzó a decir Javier ante una Judith emocionada—. Me haces reír cada día. Eres muy rara, única y genuina. No quiero que seas normal ni como el resto. Nunca.

Entonces sacó de su bolsillo una cajita, hincó una rodilla en el suelo y se la entregó.
—Sé que en cualquier momento puedes convertirme en rana o sapo. No me importa, aunque el último hechizo fue un error. Yo ya era preso de tu magia. Estaba loco por ti y lo estaré siempre, amor. Cásate conmigo.

Judith miró el anillo, un aro dorado con un trocito de coral en el centro. Una piedra protectora que para ella tenía mucho significado. Se abrazaron y dieron comienzo a un futuro incierto, pero juntos.

# EPÍLOGO

La vida junto a Javier era sencilla. Cada uno con su trabajo y sus horarios. Menchu y Junior formaban parte de una familia singular que tenía lazos emocionales con ellos. Javier abrió un despacho y era feliz ejerciendo de asesor para pequeñas empresas.

La magia se hacía presente en su día a día, porque los poderes de Judith se iban desarrollando sin que ella los controlase ni llamase.

Al nacer su hija, Alicia.

Nadie sospechaba que heredaría esos ojos turquesas y también dones de sus ancestras que para Judith eran desconocidos, hasta que vio volar un biberón desde la encimera de la cocina hasta las manitas de su pequeña. Javier bromeó:

—Al menos no prende fuego a las cosas como la protagonista de *Ojos de fuego* de Stephen King.

Les quedaba un camino largo y delicado para explicarle que no podía dejar que nadie que no perteneciera a su círculo familiar supiera de sus habilidades.

# Y luego sucedió…

Maira y suPaco…La crisis de los casi cuarenta. Una mujer exuberante, Paco que se sentía joven y Maira que no sabía si suPaco estaba enamorado de otra.
Por los datos que Judith recibió y su intuición…creyó que Paco era víctima de un amarre amoroso que se propuso romper.

—¿Qué te parece si pasamos unos días en Tenerife?

Javier la miró sorprendido. No era brujo, pero conocía muy bien a su mujercita.

—Esto tiene algo que ver con Maira?

Judith asintió y respondió:
—Creo que me necesita.
Y así comenzó la preparación de otro hechizo y otro enredo.

Pero eso, mi querido lector, es otra historia.

# SOBRE LA HISTORIA

No poseo una varita mágica, pero me gustaría. La usaría para solucionar las injusticias que mi gran amor y una de mis amigas han de aguantar cuando los explotan laboralmente y no valoran su entrega y valía personal y profesional.
Menchu está inspirada en una mujer muy especial que sabe que puede contar conmigo para reír y llorar cuando quiera. Esta historia se me ocurrió una Navidad, cuando a su empresa llegaron dulces típicos para todos menos para ella y los vio pasar por delante de sus narices. Espero que esta historia te endulce el alma, mi niña.

No tengo ni idea de hechizos ni de magia. Afortunadamente, porque mientras escribo estas líneas, sé que yo actuaría igual que Judith.
Creo que no habría un contraconjuro para quienes tienen la maldad de humillar a otros usando el poder que les da un puesto laboral de superior posición.

Me gustan los colores de las cartas del tarot y tengo mis brujitas de cabecera. Como Judith, tuve unas abuelas especiales que ahora viven entre estrellas.

VICTORIA FORTÚN

# Sobre la autora

Victoria Fortún es el seudónimo de Gema Victoria Pérez. Soy una apasionada de los cuentos y desde muy pequeña persigo historias. Me encanta suponer e inventar que el amor es mucho más fácil de lo que creemos y que duele menos. Durante la mitad de mi vida me he sentido rara. Al principio luché por encajar y, pasados unos años, decidí que era mejor fomentar mis diferencias que esconderlas. Así creé a Victoria Fortún.Soy una aprendedora y compito conmigo misma para ser cada día un poco mejor.

Un día de pequeña me preguntaron:

¿Qué quieres ser de mayor?

Lo tuve claro: vivir del cuento.

Si puedes escribir una reseña en Amazon para comentar esta historia, serás un poco parte de ella.

Gracias por hacer realidad mi sueño que siempre enuncio con un

¿Te imaginas?

# Agradecimientos

Gracias a ti, lector por disfrutar de esta historia. Te quiero.
Gracias al club de las M por no soltar mi mano nunca:
A mamá, que eres el gran amor de mi vida y mi alma gemela.
A Marie Roux, que inspiró la rabia que generó esta trama.
A María por ser una de las lectoras cero.
A Marta, Maira en esta novelita.
A Mariam por ayudarme cada día a seguir creando

soyvictoriafortun@gmail.com
victoria_fortun(IG)
Telegram:
Victoria Fortún
¿Te imaginas?